

pecto de severidad y grandeza, que la fantástica imaginación al verla cree presenciar los rudos combates, oír los furibundos golpes de las máquinas de guerra, y le parece ver a los fuertes caballeros que con agilidad de gamos y esfuerzos de leones rechazaban al enemigo común que venía a turbar la paz de aquella majestuosa soledad. Bien es verdad que lanzados los sarracenos al otro lado de la Sierra Morena y arrollados por el irresistible empuje de las armas cristianas al centro de las comarcas andaluzas, lejos de la Mancha, en son de guerra, no llegaron al pie de los sólidos muros de esta fortaleza, la que no presencié otras luchas que las nacidas de los caballeros al disputarse el Maestrazgo, primera dignidad de la Orden."

Resulta casi emocionante ¿verdad? Angel Dotor, en su bellísima obra «Don Quijote y el Cid» (1928), transcribe íntegro el párrafo, sin más modificación que la de suprimir algunos de esos acentos que se empleaban en el siglo pasado y hoy están en desuso. Ya ves, pues, lo que escribía Hervás en 1890. Figúrate entonces mi sorpresa al examinar la famosa «Crónica General de España», dirigida por el académico de la Historia, Cayetano Rosell y compuesta en once voluminosos tomos, y ver que en la reseña de la Provincia de Ciudad Real, su autor, José de Hosta, después de hablarnos del ímprobo trabajo que le ha proporcionado la redacción de la crónica, nos obsequia con una descripción del Sacro-Convento que contiene el siguiente párrafo (te ruego le prestes tanta o más atención que al de Hervás): "Asombro y casi pavor infunden, aún hoy día inofensivos y abandonados, los muros suspendidos a enorme altura sobre la angosta senda, incrustados en la tajada roca y confundidos con ella por un mismo color y dureza. La fantástica imaginación ve estrellarse contra el descarnado pedernal de la triple cerca al pie de sus numerosas torres, construídas para rudos combates, furibundos golpes de máquina, altas llamas nutridas de pez, guerreros con agilidad de gamos y esfuerzos de leones; diríase que la fortaleza se hizo a prueba de asalto de gigantes: bien que los sarracenos huían ya arrollados muy lejos de la comarca y no la alcanzaron otras guerras que los cismas de los maestros que se disputaban con el acero su posesión cual título de legitimidad."

Este párrafo está fechado en 1865, es decir, veinticinco años antes de la aparición del *Diccionario* de Hervás. Desde luego, no me negarás que el parecido es asombroso y casi pavoroso... Hervás, el mejor cronista de la provincia, ¿podía resultar un simple plagiario? Así, por lo menos a primera vista, parece demostrado. Pero, como en esta vida no ganamos para sustos y sorpresas, figúrate mi perplejidad, casi mi terror, al dar con otra publicación, también en once tomos, titulada «Recuerdos y bellezas de España», obra escrita y documentada por J. M. Quadrado, abundante, como la anterior, en esmerados dibujos (incluidos los de Salvatierra), fechada en 1853, y con un párrafo que, copiado a la letra, dice así: «Asombro y casi pavor infunden, aun ahora indefensos y abandonados, los muros a enorme altura suspendidos sobre la angosta senda, incrustados en la tajada roca y con ella por un mismo color y dureza confundidos. En el descarnado pedernal de la triple cerca, al pie de sus numerosas y diversas torres, para rudos combates fabricadas, allí ve estrellarse la fantasía golpes de máquinas furibundos, altas llamas de pez nutridas, guerreros con agilidad de gamos y esfuerzos de leones; diríase que la fortaleza se hizo a prueba de fendientes hercúleos y asaltos de gigantes; bien que ya los sarracenos huían arrollados muy lejos de su comarca y no la alcanzaron otras guerras que los cismas de los maestros, que se disputaban con el acero su posesión cual título de legitimidad.» Te ruego te fijas en este párrafo aun más que en los anteriores. ¿Habrán sido dos los plagiarios, primero Hosta y luego Hervás?

Supongo que no te precipitarás en tus juicios. Repugna pensar que Hervás necesitara tomar de pluma ajena lo que tan fácilmente podía extraer de la propia. ¿Entonces?... Entonces, lo primero que procede es volver a leer en orden inverso los tres párrafos, es decir, en su orden natural. El primero es hiperbólico en grado sumo, como escrito por una pluma juvenil mojada en pez hirviente, y no resulta bello, a pesar de su dición castelariana. El segundo deshace algún hiperbaton, suprime lo de los «fendientes hercúleos» e introduce alguna otra leve modificación